

TÓRTOLA

YO no sé si a todos los hombres les pasará lo mismo que a mí. A mí, hay artistas que me han dejado—no diré enamorado, porque sería ridículo, ya que al decir artistas me refiero a hombres y mujeres—sino sugestionado con su arte, con su figura, con su prestigio, con su leyenda. Después de haberlos visto, no he podido encontrar bueno a ningún otro. Para mí no habrá nunca un pianista que me llene más que Dumesnil, ni una "cantaora" y bailarina de flamenco que me guste tanto como "La Argentinita", y no veré jamás un actor cómico que me agrade más que Lamas, ni un actor dramático que me impresione tanto como Juanito Catalá. Convengo en que Dumesnil no sea el mejor pianista que ha venido a Chile, ni "La Argentinita" la mejor artista de variedades, ni Lamas el mejor actor cómico, ni Catalá el mejor actor dramático; pero para mí no hay otros.

¿A qué se deberá esto? ¿Será acaso un fenómeno de auto-sugestión? ¿Será porque los vi en un momento en que el espíritu crítico estaba ausente y yo estaba dispuesto a encontrarlo todo bueno o insuperable? No lo creo. Lo que sí creo es que yo vi a esos artistas en momentos espirituales propicios, en que el estado de mi ánimo encontró su complejo en la labor de ellos. Respondía el instante mío al instante de ellos, y de esa conjunción quedó una impresión que no se borrará jamás de mi mente, aunque muera más viejo que Matusalén. Les permanezco siempre fiel y hablo de ellos cuando recuerdo mis noches de arte.

Digo esto a propósito de Tórtola Valencia. Yo no he hablado nunca con ella, ni tengo siquiera relación con sus amigos o su empresario. Mi admiración hacia ella está por encima de los intereses materiales o espirituales. Hasta podría decir que tampoco me interesa ella como persona; pero como artista ha llenado el gusto mío para toda la vida. Recuerdo, como si fuera hoy, el estreno de Tórtola en la sala del Comedia; recuerdo el color de sus trajes, la forma de sus piernas, el brillo de sus ojos; recuerdo casi el programa por el orden que tenía: "Momento musical", "La danza de los gnomos", "La muerte de Asa", "La danza de Anitra"—toda la maravillosa suite de Grieg, poemizando la historia dramática de Peer Gynt—, "Danza Egipcia", "La danza de la serpiente", etc. Y de esto hacen ya bastantes años, doce o trece, durante los cuales ha corrido mucha agua por debajo de los puentes del Mapocho. He visto después a la Pavlova, a la Verbist, a la Mery, pero ninguna de ellas logró borrar la visión de esta artista de Triana, danzando ante las miradas de los que entonces éramos artistas jóvenes—poetas, pintores, músicos—y hoy apenas si somos hombres que van para viejos.

Será también por eso, porque el recuerdo de esta artista está unido al recuerdo de algunos artistas muertos—Gómez Rojas, el pintor Madariaga, Hugo Donoso, Claudio de Alas—que su nombre y su arte no han perdido, en la memoria de muchos otros hombres y en la mía, el lugar que ocuparon en ese tiempo y que ahora parece renacer, a través de los años, lleno de bizarría, de desenfado y de alegría dionisiaca frente a la vida.